El verdadero Papá Noel

La nieve comenzaba a caer sobre los tejados del pueblo. En el patio de la escuela, los niños corrían abrigados, con las mejillas enrojecidas por el frío. Era el último día antes de las vacaciones de Navidad y la emoción era palpable. Hablaban de árboles de Navidad, regalos, petardos navideños y, por supuesto, de Papá Noel.

Elise, de seis años, escuchaba a sus compañeros hablar de lo que habían pedido. Ella misma había escrito una larga carta unas semanas antes. En lo más alto de su lista estaba un bonito coche de juguete rosa con el que llevaba soñando mucho tiempo.

Pero esa mañana, una discusión iba a arruinar su alegría.

"¡De todas formas, Papá Noel no existe!", exclamó Hugo, un niño de su clase que parecía disfrutar mucho contradiciendo a los demás.

—¡Eso ni siquiera es cierto! —protestó una niña pequeña—. ¡Lo oí el año pasado!

Hugo se encogió de hombros.

— Son los padres quienes compran los regalos y los ponen debajo del árbol mientras dormimos. ¡Eso me lo dijo mi hermano mayor!

Elise frunció el ceño.

— ¿Por qué dicen que vive en el Polo Norte? ¿Y qué hay de los renos voladores?

—¡Pero es exactamente eso! —respondió Hugo—. ¿Alguna vez has visto volar a un reno?

Algunos niños estallaron en carcajadas. Elise, sin embargo, no se rió.

Quería defender a Papá Noel, pero le faltaban las palabras. Había que admitir que algunas cosas eran realmente misteriosas. ¿Cómo podía un solo hombre visitar todas las casas del mundo en una sola noche? ¿Cómo lograba entrar en casas sin chimenea? ¿Y por qué nadie lo había visto jamás?

Sonó el timbre, dando por terminada la discusión. Sin embargo, en la cabeza de Elise, las preguntas seguían dando vueltas.

De camino a casa, contempló las casas decoradas, las guirnaldas brillantes y los abetos que se asomaban por las ventanas. ¡Le encantaba la Navidad! Pero una pequeña preocupación acababa de invadir su corazón.



Domuspatris.com

¿Y si Hugo tuviera razón?

Al llegar a casa, Elise decidió que no se dejaría convencer tan fácilmente. Iba a llevar a cabo su propia investigación.

¡Después de todo, si Papá Noel existió, debe haber alguna prueba!



Esa noche, durante la cena, comenzó sus interrogatorios.

— Papá, ¿cómo consigue Papá Noel llevar tantos regalos en un solo trineo?

Su padre, que estaba ocupado cortando el pan, levantó la vista.

— Bueno... ¡su trineo es mágico, querida!

— ¿Y cómo entra en las casas sin chimenea?

— ¡Ah! ¡Ese es un secreto de Papá Noel!

Elise entrecerró los ojos.

— Pero tú, ¿conoces este secreto?

—¿Yo? ¡No, no! —respondió su padre, intercambiando una mirada divertida con su esposa.



Elise se volvió inmediatamente hacia su madre.

— ¿Y tú, mamá? ¿Ya lo has visto?

— ¡Oh, ya sabes, Papá Noel es muy discreto!

- ¿Pero por qué?

—Porque le gusta dar sorpresas —respondió ella, recogiendo los platos.

Elise suspiró. Los adultos tenían una forma muy peculiar de responder preguntas. Cada vez que creía estar cerca de la verdad, encontraban alguna manera de evadirla.

Al día siguiente, por fin comenzaron las vacaciones. Y con ellas llegó la visita que Elise había estado esperando con mucha ilusión.

Su abuela solía venir a pasar las vacaciones de Navidad en casa.

Cuando Elise vio a su abuela en la puerta, con una maleta grande en la mano y una bufanda de lana alrededor del cuello, corrió a abrazarla.

— ¡Mamie!

— ¡Mi pequeña estrella! ¡Cuánto has crecido!

La abuela siempre olía a lavanda y jabón de Marsella. Tenía las manos suaves, una risa cálida y esa forma única de contar historias que hacía que el pasado pareciera siempre presente.



Elise adoraba a su abuela. Había notado algo en particular: a diferencia de otros adultos, la abuela siempre se tomaba en serio sus preguntas.

Quizás ella podría ayudarle con su investigación.

En los días siguientes, Elise se transformó en una auténtica detective.

Inspeccionó los armarios, miró detrás de las cortinas, levantó las sábanas e incluso intentó asomarse al ático.

Buscaba paquetes, papel de regalo, cintas; cualquier pista que pudiera confirmar las palabras de Hugo.

Pero no encontró nada.

Ni un solo juguete.

Ni una sola caja misteriosa.

Estaba empezando a sentirse más tranquila.

«Ya ves», se dijo a sí misma, «si mamá y papá compraran los regalos, ¡seguro que estarían escondidos en algún sitio!». Sin embargo, unos días antes de Navidad, un suceso inesperado hizo añicos todas sus certezas.

Esa mañana, la abuela estaba horneando galletas de mantequilla con canela en la cocina. Un delicioso aroma a mantequilla derretida y vainilla inundaba la casa. Mamá y papá habían salido a hacer algunas compras.

Elise se estaba acercando a la ventana cuando sonó el timbre.



— ¡Abuela! ¡Hay alguien aquí!

— ¿Puedes ver quién es, cariño? ¡Tengo las manos llenas de harina!

Detrás de la puerta se encontraba un repartidor que cargaba varias cajas.

— ¡Hola, pequeña! ¿Están aquí tus padres?

— ¡No, pero mi abuela está en la cocina!

La abuela apareció de inmediato, secándose las manos con el delantal. Le dio las gracias al repartidor y luego le pidió a Elise que la ayudara a colocar los paquetes sobre la gran mesa del salón.

—Ten cuidado, cariño. Los guardaremos cuando tus padres regresen.

Elise cogió la primera caja, luego la segunda. Pero cuando fue a levantar la tercera, notó algo extraño.

Una esquina de la caja de cartón estaba rota.

La cinta adhesiva se había despegado durante el transporte, dejando al descubierto parte de su contenido.

Elise se inclinó hacia adelante.

Y su corazón pareció detenerse.

A través de la abertura, pudo distinguir un pequeño coche rosa.





No cualquiera.

El coche de juguete rosa que le había pedido a Papá Noel.

Permaneció inmóvil, con las manos apoyadas sobre el cartón.

¿Cómo fue posible?

Este cochecito era exactamente el mismo que había dibujado en su carta. El mismo color, las mismas ruedas, el mismo volante pequeño.

Durante unos segundos, esperó que fuera solo una coincidencia.

¿Quizás Papá Noel recibió algunos regalos por adelantado?

¿Quizás sus elfos también usaban camiones?

Pero en el fondo, una vocecita le decía que algo andaba mal.

Cerró la caja con cuidado, le dio la vuelta para ocultar el desgarro y la deslizó debajo de los demás paquetes.



Luego se marchó sin decir nada.

Ella ya no quería dibujar.

En la cocina, la abuela colocó las galletas de mantequilla en una rejilla.

— ¿Quieres uno, cariño?

Elise se sentó a la mesa, con la barbilla apoyada en las manos.

— Abuela, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto, cariño.

—¿Por qué siempre me compras un regalo en Navidad?

La abuela levantó la vista, divertida.

— ¡Porque te quiero, obviamente!

—Sí, pero ¿por qué me compras un regalo si Papá Noel ya me trae uno?

La abuela se tomó su tiempo para colocar la bandeja de hornear sobre la encimera.

— ¿Necesitas una razón especial para dar algo a tus seres queridos?

— No... pero los demás regalos vienen de Papá Noel, así que ¿por qué no el tuyo?



La abuela sonrió dulcemente.

—Tal vez porque me gusta que sepas que este regalo viene de mí.

Elise pensó por un momento.

— Abuela... cuando eras pequeña, ¿tú también le escribías a Papá Noel?

El rostro de la abuela cambió ligeramente. Su sonrisa se volvió más tierna, casi melancólica.

— Oh sí, querida. Pero mis cartas eran muy diferentes a las tuyas.



- Para qué ?

La abuela se sentó a su lado.

— Porque cuando era pequeña, mi familia era muy pobre. Y luego vino la guerra. Nos faltaban muchas cosas. A veces apenas teníamos pan para cenar. Así que, en Navidad, no pedía ni muñecas ni juguetes.

— ¿Pero qué estabas preguntando?

— Pedí que terminara la guerra. Que los padres volvieran con sus hijos. Que nuestros vecinos tuvieran suficiente para comer. Que los enfermos se recuperaran. Incluso recuerdo a un amiguito que estaba muy enfermo. Escribí su nombre en mi carta, pidiéndole que recuperara la salud.



Los ojos de Elise se abrieron de par en par.

—¿Y enviabas tu carta al Polo Norte?

La abuela negó con la cabeza suavemente.

— No. Tomaba un pequeño trozo de papel, a veces incluso el reverso de un sobre viejo, y escribía mis deseos. Luego doblaba cuidadosamente la carta y la colocaba debajo de la estatua del Niño Jesús en el pesebre.

—¿En la guardería?

— Sí. Esa era mi lista de regalos de Navidad.

Elise pareció sorprendida.

— Pero, ¿cómo podría recibirlo Papá Noel si tú no lo enviaste?

La abuela sonrió misteriosamente.

"Sabes, querida, todos tenemos un ángel de la guarda. Y creo que nuestros ángeles llevan nuestras oraciones, nuestras penas y los deseos más profundos de nuestro corazón al Cielo. Ellos saben a quién confiarlos."

— ¿A Papá Noel?

—Al verdadero Papá Noel —respondió la abuela con dulzura—. El que conoce a cada uno de sus hijos y sabe lo que realmente necesitan.

Elise permaneció en silencio.



Todavía no comprendía todo lo que su abuela quería decir, pero sus palabras le parecían hermosas e importantes.

— ¿Y tus deseos, abuela? ¿Se hicieron realidad?

La abuela miró por un instante hacia la ventana, detrás de la cual caían algunos copos de nieve.



Domuspatris.com

— Algunas sí. Otras tardaron mucho. Y algunas no resultaron como esperaba. Pero he aprendido que las oraciones nunca son inútiles, incluso cuando no entendemos las respuestas.

Luego añadió:

—Sabes, Elise, el regalo más hermoso no siempre es el que recibimos. A veces es el que damos. Y a veces es simplemente el amor que damos.

Esta conversación permaneció en la mente de la niña durante mucho tiempo.



Esa misma tarde, reanudó la escritura de su carta a Papá Noel.

Lo releyó con atención.

Un coche de juguete rosa. Una caja de rotuladores.

Una muñeca. Un juego de construcción. Libros.

Casi solo había cosas para ella.

Elise se sintió un poco avergonzada.

Luego tomó una hoja de papel nueva y, con su mejor caligrafía, comenzó otra carta.

Querido Papá Noel, este año, lo primero que me gustaría es que mi amiga Lola se recupere de su tos, porque a menudo está cansada y no siempre puede jugar con nosotros.

Quiero que mamá y papá sean felices y tengan menos preocupaciones.

Me gustaría que los niños que no tienen hogar encontraran un lugar cálido donde dormir.

Me gustaría que las personas solitarias tuvieran a alguien que las ame.

Ojalá no hubiera más guerras y todos pudiéramos vivir en paz.

También me gustaría que los pobres tuvieran comida y que los enfermos recibieran consuelo.

Y, sobre todo, me gustaría que Jesús estuviera complacido con nosotros.

Y si fuera posible, me encantaría seguir teniendo mi cochecito rosa.

GRACIAS.

Elisa.

Contempló su carta con satisfacción. Por primera vez, sintió que había escrito algo verdaderamente importante.

Luego bajó a la sala de estar.



El belén estaba montado sobre una mesita, cerca del árbol de Navidad. María y José velaban al Niño Jesús, que yacía sobre la paja. Un pastor llevaba un cordero sobre sus hombros, y los Tres Reyes Magos esperaban un poco más lejos.

Elise se arrodilló ante el pesebre, dobló su carta en cuatro y la deslizó debajo del pequeño comedero.

—Ahí —murmuró—. Mi ángel de la guarda sabrá adónde llevarlo.

Se quedó unos instantes contemplando al Niño Jesús, y luego volvió a subir a su habitación para acostarse.

Pasaron los días y pronto llegó la Nochebuena.

La casa resplandecía con luces. La abuela había preparado una comida deliciosa, y la mesa estaba decorada con ramas de abeto y pequeñas velas. Afuera, la nieve cubría suavemente el jardín.

Después de cenar, la familia cantó algunos villancicos. Luego, la abuela leyó la historia del nacimiento de Jesús en Belén.

Elise escuchó atentamente.

Le encantaba esta historia del Niño pequeño nacido en un establo, de los pastores despertados por ángeles y de aquella estrella que brillaba en la noche.

Cuando llegó la hora de ir a la cama, sus padres le dieron un tierno beso.

— Buenas noches, mi amor. ¡Y sobre todo, que duermas bien!

dijo su madre.



— ¡De lo contrario, Papá Noel no podrá venir!

su padre añadió con un guiño.

Elise sonrió, pero no respondió.

No se había olvidado de la caja medio abierta.

Ni las palabras de Hugo.

Ni las reacciones avergonzadas de sus padres.

Esa noche, decidió descubrir la verdad.

Recostada en su cama, escuchaba cada sonido. La casa estaba en silencio. Solo el viento a veces hacía crujir las contraventanas.

Los minutos pasaron.

Entonces, justo cuando empezaba a quedarse dormida, oyó pasos.

Pasos ligeros en las escaleras.

Elise abrió los ojos inmediatamente.

Su corazón comenzó a latir más rápido.

"¡Papá Noel!"



Se levantó en silencio, se puso las zapatillas y abrió la puerta de su habitación un poco.



El pasillo quedó sumido en la oscuridad.

Bajó las escaleras lentamente, con cuidado de no rozar los escalones que crujían.

Al llegar a la planta baja, notó una luz tenue debajo de la puerta cerrada de la sala de estar.

Había alguien allí.

Elise contuvo la respiración.

Se acercó, se inclinó y miró por la cerradura.

En la tenue luz de la habitación infantil, distinguió una figura sentada en un sillón.

Ella era abuela.

Llevaba puesta su bata y sostenía un pequeño rosario entre los dedos.

Elise dudó un instante y luego llamó suavemente a la puerta.



— Mamie ?

— Entra, mi tesoro.

La abuela le sonrió al verla aparecer.

— ¡Vaya! ¿Qué haces despierto a estas horas?

Elise se acercó.

—¿Tú también estás esperando a Papá Noel?

La abuela soltó una risita.

- Y tú ?

—¡Sí! —respondió Elise con seguridad—. Este año, sin duda quiero verlo.

— Pero tú sabes muy bien que él viene cuando los niños están dormidos.

— ¡Exacto! Eso es lo que siempre me dicen. Así que, esta vez, me quedaré aquí. ¡Incluso dormiré en la sala!

La abuela la miró con ternura.

— Veo que pareces bastante decidido.



— Sí. Pero tú, abuela, ¿por qué bajaste?

— Vine a rezar un momento frente al belén.

—¿A medianoche?

— Es un momento muy hermoso para rezar, en la noche de Navidad.

Elise miró la pequeña luz que iluminaba al Niño Jesús.

— ¡Pero si te quedas aquí, Papá Noel tampoco vendrá!

La abuela sonrió.



— Ah, es cierto. Al parecer no quiere que lo vean.

- ¿Pero por qué?

"Ese es precisamente el problema... no lo vemos", concluyó, riendo suavemente.

Elise frunció el ceño.

— Sigue siendo extraño, ¿no crees?

La abuela no respondió de inmediato.

«Hay secretos que protegen maravillosas sorpresas», dijo finalmente. «Y otros que, con el tiempo, se vuelven demasiado pesados para soportar».

Elise no lo entendió del todo.

Fue a buscar una manta al sofá, se envolvió en ella y se acomodó en la alfombra, cerca de su abuela.

— Me quedo.

La abuela no intentó convencerla más.

Ambos permanecieron en silencio, observando las pequeñas llamas de las velas parpadeantes...

De repente, se oyó un ruido en la entrada.

La puerta se abrió.

Y apareció el padre de Elise, con los brazos cargados de paquetes multicolores.



Se detuvo bruscamente.

Por un instante, nadie se movió.

Su mirada pasó de su suegra a Elise, y luego a los regalos que sostenía en sus brazos.

— ¿Elise? Pero... ¿qué haces aquí?

La niña pequeña se quedó mirando los paquetes.

Ella reconoció inmediatamente a uno de ellos.

Un paquete rectangular grande, envuelto en papel dorado.

Tenía la forma de la caja de su coche de juguete rosa.

Todo quedó claro.

Las palabras de Hugo. Las respuestas evasivas de sus padres. La caja entreabierta. Los regalos que la abuela se compró.

Elise sintió que se le cerraba la garganta.



— Entonces... ¿es cierto?

Su padre no respondió.

—¿Fuiste tú quien puso los regalos debajo del árbol, se bebió la leche y se comió las galletas que le dejé a Papá Noel?

Bajó la mirada suavemente.

Elise sintió que las lágrimas le brotaban de los párpados.



— ¿Santa Claus... no existe?

Su padre colocó lentamente los paquetes sobre la mesa.

— Mi querida... Pero Elise rompió a llorar de nuevo.

— ¡Lo sabía! En el fondo, sospechaba algo. ¡Pero no quería creerlo!

Se secó las mejillas con el dorso de la manga.

¿Por qué me contaste todo eso? ¿Por qué me dijiste que venía del Polo Norte con sus renos? ¿Por qué fingiste?

Su padre se arrodilló junto a ella, visiblemente angustiado.

Queríamos hacerte soñar, mi amor. Pensábamos hacerte feliz dejándote creer en un mundo maravilloso y mágico; al parecer, es bueno para los niños y les da seguridad. Y además, hoy en día todo el mundo lo hace...

— Pero eso no es cierto, me mentiste porque soy un niño, ¡pero te creí!

Estas pocas palabras causaron una gran tristeza en el corazón de Thomas, el padre de Elise.

El niño se volvió hacia su abuela.

— Y tú, abuela... ¿es por eso que siempre me dabas un regalo aparte? ¿Porque no querías ser parte de la mentira?

La abuela tomó con delicadeza las manos de su nieta.

—Sí, mi amor. Quería que supieras que mi regalo venía de mí, porque te amo. Y sobre todo, quería que algún día pudieras descubrir lo que realmente es la Navidad.

En ese momento, la madre de Elise entró en el salón, atraída por los sollozos de su hija.

— ¿Pero qué está pasando?

Ella lo comprendió inmediatamente al ver los regalos y el rostro angustiado de su marido.

Se acercó y tomó a Elise en sus brazos.

— Oh, mi amor...



Domuspatris.com

— Mamá, ¿por qué me mentiste?

Su madre sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

Porque pensábamos que esta historia haría que la Navidad fuera más maravillosa para ti. Pero debimos haber entendido que se puede hacer soñar a un niño sin ocultarle la verdad. Perdónanos.

Su padre estuvo de acuerdo.

—Sí, Elise. Nos equivocamos al hacerte creer que era un verdadero caballero quien vino a entregar los regalos. Lo sentimos.

Elise permaneció acurrucada junto a su madre durante un buen rato.



Entonces, con una voz muy baja, preguntó:

— Entonces... ¿ya no hay "magia navideña"?

La abuela se levantó lentamente de su sillón.

— Oh sí, mi amor. Hay algo mucho más grande que la magia.

Elise la miró.

- ¿Qué quieres decir?

La abuela se arrodilló frente al belén.

—Acércate. Tengo una historia que contarte. Una historia real, esta. Y es la más hermosa de todas.

Elise se acercó, aún temblando por sus sollozos.

La abuela señaló la pequeña estatua del Niño Jesús.



—¿Sabes quién es este niño pequeño?

- Jesús.

— Sí. ¿Y sabes por qué su nacimiento fue tan extraordinario?

—¿Porque es el Hijo de Dios?

— Exactamente. Hace más de dos mil años, Dios amó tanto a la humanidad que envió a su propio Hijo a la tierra. Podría haber nacido en un palacio, rodeado de riquezas y sirvientes. Pero eligió venir al mundo en un humilde establo, acostado en un pesebre, rodeado de María, José y unos pocos pastores.

Elise observaba atentamente el belén.

—¿Por qué vino así?

— Para mostrarnos que el verdadero amor no necesita ni oro ni corona. Jesús vino a traer luz a un mundo lleno de sufrimiento, miedo y tristeza. Vino a enseñarnos a amar, a perdonar, a compartir y a tener esperanza.





La abuela hizo una pausa.

—Y sabes, Elise, el verdadero Papá Noel existe. No es un hombre vestido de rojo que vive en el Polo Norte. Es Dios Padre, el Padre de Jesús, el que nos dio el mayor regalo que el mundo jamás haya recibido: su propio Hijo.

Los ojos de Elise se abrieron de par en par.

— Entonces... ¿el verdadero Papá Noel es Dios?

—Sí, cariño. Si hablamos del Padre de la Natividad, entonces Él es el verdadero Papá Noel. Y su regalo es infinitamente más valioso que todos los juguetes del mundo.

— Pero Dios no baja por la chimenea... La abuela rió suavemente.

— ¡Claro que no! No necesita chimenea, ni trineo, ni renos. Está presente en todas partes. Conoce nuestros corazones, nuestras alegrías, nuestras tristezas e incluso las oraciones que no nos atrevemos a pronunciar.

Elise pensó por un momento.

— Entonces, cuando me dijiste que mi ángel de la guarda podía entregar mi carta al verdadero Papá Noel...

—Te estaba hablando de Dios, querida. Los ángeles son sus mensajeros. Creemos que velan por nosotros y nos acompañan en nuestras oraciones.

Elise dirigió su mirada hacia el belén.

Su pequeña carta seguía allí, escondida bajo el pesebre.

— Entonces... ¿Recibió mi carta?

"Creo que Él ya sabía todo lo que había en tu corazón incluso antes de que lo escribieras", respondió la abuela.

Elise permaneció en silencio.

Entonces ella preguntó:



— Pero abuela... si Dios puede hacer todo, ¿también puede hacer milagros?

El rostro de la abuela se iluminó con una profunda emoción.

—Sí, cariño. Y te voy a contar algo que nunca he olvidado.

Se acomodó en la alfombra, muy cerca del pesebre. Elise se acercó y se acurrucó junto a ella. Sus padres se sentaron por turnos.

— Cuando era pequeño, durante la guerra, mi hermano menor enfermó gravemente. Estaba tan débil que apenas podía hablar. Los médicos hicieron todo lo posible, pero temían que no sobreviviera al invierno.



Domuspatris.com

La abuela hizo una pausa por un momento.

— Todavía recuerdo a mi madre velando junto a su cama, noche tras noche. Teníamos muy pocas medicinas y casi nada para comer. En Nochebuena, fuimos a la iglesia. Había un pequeño y sencillo belén con una figura de yeso del Niño Jesús.

Elise escuchaba sin moverse.



— Mi madre se arrodilló ante el belén. Lloraba en voz baja. Yo había escrito en un pequeño trozo de papel: «Querido Padre Celestial, por favor, sana a mi hermanito. ¡Cuánto desearía que pudiera volver a jugar conmigo!». La abuela se secó una lágrima discretamente.

— Colocamos el papel debajo del pesebre y oramos. Le pedimos a Jesús que se quedara con nosotros, pasara lo que pasara.

"¿Y luego qué?", murmuró Elise.

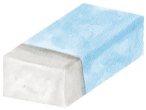
Esa noche, mi hermanito seguía muy enfermo. Pero la mañana de Navidad ocurrió algo extraordinario. Abrió los ojos, le sonrió a mi madre y le pidió un trozo de pan.

Elise contuvo la respiración.

—¿Se curó?

— Todavía no del todo. Le costó recuperar fuerzas. Pero a partir de esa mañana, su estado mejoró de una forma que los médicos no pudieron explicar. Siempre hemos considerado su recuperación una inmensa bendición, un milagro navideño.





— ¡Así que Dios había escuchado tu carta!

— Eso es lo que siempre he creído, cariño.

La abuela tomó con ternura la mano de Elise.

— Pero también hay que entender algo importante. Dios no es un mago que concede todos nuestros deseos como si pidiéramos juguetes por catálogo. A veces oramos con todas nuestras fuerzas y las cosas no salen como esperábamos. Eso no significa que se haya olvidado de nosotros. Su amor no se mide por la cantidad de veces que se cumplen nuestras peticiones.

Elise bajó la mirada hacia su carta.

— ¿Entonces quizás Lola no mejore de inmediato?

—Tal vez. Pero puedes seguir orando por ella, visitándola, haciéndole un dibujo y mostrándole que no está sola. Verás, a veces Dios nos invita a ser una pequeña respuesta a las oraciones de los demás.

Estas palabras reconfortaron el corazón de Elise.



Domuspatris.com

Esa noche, frente al pequeño belén iluminado, cuatro generaciones de recuerdos parecieron converger en una sola plegaria. Estaban las Navidades humildes de la abuela, las Navidades alegres de sus padres y las de Elise, que acababa de descubrir una nueva verdad.

Oraron por los que sufrían, por los que estaban solos, por la paz, por los niños del mundo entero.

Luego dieron gracias a Dios por el don de su Hijo.

Elise pensó en su amiga Lola, en todos los niños que tenían frío, en los que tenían miedo y en los que no tenían a nadie que les diera un beso antes de irse a dormir.



Entonces susurró:

- ¿Papá?

— ¿Sí, cariño?

— ¿El año que viene podemos preparar los regalos juntos? Así yo también podré sorprender a mis seres queridos.

Su padre le besó la frente.



—Con mucho gusto, mi amor.

— ¿Y también podemos preparar un regalo para alguien que no tendrá ninguno?

- Te prometo que.

Elise sonrió.

Por primera vez, supo que existía algo mucho más grande que todas esas historias maravillosas.

Un amor que no se podía comprar.

Una luz que nunca se apagó.

Una esperanza capaz de atravesar las noches más oscuras.

Se durmió con el corazón en paz.







La mañana de Navidad, cuando los primeros rayos de sol entraron en su habitación, se levantó de un salto.

Pero en lugar de correr inmediatamente a abrir los regalos, bajó al salón y se arrodilló ante el belén.

Encendió la pequeña luz.

Entonces, en el silencio de la casa aún dormida, murmuró:

— Feliz cumpleaños, Jesús. Gracias por venir.

Se quedó allí unos instantes, feliz.

Debajo del árbol de Navidad, los paquetes esperaban pacientemente. Su coche de juguete rosa estaba sin duda entre ellos.

Pero Elise ya no tenía prisa.

Había descubierto que el regalo de Navidad más hermoso no era el que se abría con las manos, sino el que Dios había colocado en un pesebre una noche en Belén, para ofrecer al mundo una luz que jamás se apagaría.

Y desde aquella noche, cada vez que Elise miraba la pequeña llama en el pesebre, recordaba que los verdaderos milagros no siempre hacen ruido.

A veces, simplemente comienzan en el corazón de un niño que está aprendiendo a amar...

FIN



Domuspatris.com



